

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO LIX



C. S. I. C.
2019
MADRID

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica ininterrumpidamente desde 1966 un volumen anual dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Economía, sociedad y biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus asuntos preferentes.

Los autores o editores de trabajos relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la Secretaría del Instituto, calle Mayor, 69, 28013 Madrid, ajustándose a las normas para autores publicadas en el presente número de la revista. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, contando con el concurso de especialistas externos.

DIRECCIÓN

Presidenta del Instituto de Estudios Madrileños: M^a Teresa Fernández Talaya

CONSEJO ASESOR:

Rosa BASANTE POL (UCM)

Carlos GONZÁLEZ ESTEBAN (Ayuntamiento de Madrid)

Carmen CAYETANO MARTÍN (Archivo de la Villa)

Enrique de AGUINAGA LÓPEZ (Cronistas de la Villa)

Alfredo ALVAR EZQUERRA (C.S.I.C.)

Carmen SIMÓN PALMER (C.S.I.C.)

CONSEJO DE REDACCIÓN:

M^a Teresa FERNÁNDEZ TALAYA (IEM)

Carlos GONZÁLEZ ESTEBAN (Ayuntamiento de Madrid)

Ana LUENGO ANÓN (Universidad Politécnica de Madrid)

Carlos SAGUAR QUER (Fundación Lázaro Galdiano)

Carmen MANSO PORTO (Biblioteca Real Academia de la Historia)

José Bonifacio BERMEJO MARTÍN (Ayuntamiento de Madrid)

M^a Pilar GONZÁLEZ YANCI (UNED)

COORDINACIÓN DE ESTA EDICIÓN:

Amelia ARANDA HUETE (Patrimonio Nacional)

La revista *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* está recogida, entre otras, en las siguientes bases de datos bibliográficas y sistemas de información:

- HISTORICAL ABSTRACTS (<https://www.ebsco.com/products/research-databases/historical-abstracts>)
- DIALNET (Portal de difusión de la producción científica hispana, <http://dialnet.unirioja.es>)
- LATINDEX Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (<http://www.caicyt-conicet.gov.ar/latindex/>)

ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA:

Fachada del Palacio de Cañete, Biblioteca del Instituto de Estudios Madrileños desde 2019.

Fotografía realizada por M^a Teresa Fernández Talaya.

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

Printed in Spain

Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Memoria del Instituto de Estudios Madrileños. Año 2019</i>	9
<i>Sesión inaugural del Curso Académico 2019-2020 del Instituto de Estudios Madrileños. 1 de octubre de 2019</i>	19
<i>El Paseo del Prado y el Buen Retiro, paisaje de las Artes y las Letras, una candidatura a Patrimonio Mundial de la UNESCO MÓNICA LUENGO AÑÓN</i>	21
<i>La Cuesta de Moyano ENRIQUE DE AGUINAGA</i>	43
<i>La Casa Celestino de Ansorena e Hijos, joyeros de la Corona Española AMELIA ARANDA HUETE</i>	57
<i>Los ascendientes de Luis Paret y Alcázar en Madrid JESÚS LÓPEZ ORTEGA</i>	123
<i>Aranjuez, antigua residencia de recreo de los maestros santiaguistas MARÍA JESÚS CALLEJO DELGADO / MARÍA LARUMBE MARTÍN</i>	141
<i>Un cliente de Alonso Cano tan desconocido como principal: el mercader y regidor don Pedro Jácome Sanguineto (1608-1650) JUAN M^a CRUZ YÁBAR</i>	169

<i>El pintor Gabriel Felipe (h. 1600-1672). Estado de la cuestión y nuevas aportaciones</i>	
MÓNICA TORNOS ARROYO.....	207
<i>Tiburcio Pérez Cuervo (1786-1841), arquitecto y masón</i>	
PEDRO MOLEÓN GAVILANES.....	221
<i>El Nuevo Rezado. Una fuente desconocida para su estudio</i>	
M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	253
<i>La Imprenta Municipal. Artes del Libro</i>	
JOSÉ BONIFACIO BERMEJO MARTÍN.....	291
<i>La familia Rincón Lazcano</i>	
JOSÉ MIGUEL MUÑOZ DE LA NAVA CHACÓN.....	305
<i>Cosme de Médici en Madrid en el año 1668</i>	
DAVID FERMOSEL JIMÉNEZ / JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ MOLLEDO.....	355
<i>Necrológicas.</i>	
<i>Mercedes Agulló y Cobo.....</i>	385
<i>Francisco de Diego Calonge.....</i>	389
<i>Evalúadores.....</i>	393

COSME DE MÉDICI EN MADRID EN EL AÑO 1668

COSME DE MÉDICI IN MADRID OF 1668

Por DAVID FERMOSEL JIMÉNEZ

Licenciado en derecho y Postgrado en Unión Europea en la Univ. Carlos III
de Madrid

Profesor en EAE Bussines School

y JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ MOLLEDO

Doctor en Geografía e Historia por la UCM

Colaborador del Instituto de Estudios Madrileños

RESUMEN:

En este artículo publicamos un extracto del Viaje de Cosme de Médici a Madrid, ciudad en la que permaneció desde el 24 de octubre hasta el 25 de noviembre de 1668, en una etapa de su viaje a la Península Ibérica, que recorrió durante seis meses. Destacamos la descripción del Santuario de Nuestra Señora de Atocha, del Palacio Real y del Buen Retiro, así como del Real Sitio de El Pardo. También visitó la Casa de Campo y acudió a varias representaciones teatrales. El viaje fue narrado por Lorenzo Magalotti (1637 – 1712), y fue publicado en italiano con el título de *Viaje de Cosme de Médici por España y Portugal (1668 – 1669)* en transcripción de Ángel Sánchez Rivero y Ángela Mariutti de Sánchez Rivero, por el Centro de Estudios Históricos en 1933. Recientemente los autores de este artículo han publicado el texto completo del *Viaje* por primera vez en castellano. En el séquito acompañó a Cosme de Médici el pintor Pier Maria Baldi (1630 – 1686), quien realizó una serie de vistas de las ciudades por la que pasaba, y de las que publicamos varias en el presente trabajo.

ABSTRACT:

In this article we publish a part from the Cosme de Médici Trip to Madrid, a city in which he stayed from October 24 to November 25, 1668, at a stage of his trip to the Iberian Peninsula, which he traveled for six months. We highlight

the description of the Sanctuary of Our Lady of Atocha, the Royal Palace and the Buen Retiro, as well as the Royal Site of El Pardo. He also visited the Casa de Campo and attended several theatrical performances. The trip was narrated by Lorenzo Magalotti (1637 - 1712), and was published in Italian with the title of *Cosme de Médici Journey through Spain and Portugal* (1668 - 1669) in transcription by Ángel Sánchez Rivero and Ángela Mariutti de Sánchez Rivero, by the Center for Historical Studies in 1933. Recently the authors of this article have published the full text of the Journey for the first time into Spanish language. In the entourage he accompanied Cosme de Médici the painter Pier Maria Baldi (1630 - 1686), who made a series of views of the cities through which he passed, and we publish several in the present work.

PALABRAS CLAVE: Cosme III de Médici, Madrid, Lorenzo Magalotti, Pier Maria Baldi, Carlos II.

KEY WORDS: Cosme III de Médici, Madrid, Lorenzo Magalotti, Pier Maria Baldi, Carlos II.

EL VIAJE DE COSME DE MÉDICI POR ESPAÑA Y PORTUGAL

En 1927 el Ayuntamiento de Madrid publicó un texto de Ángel Sánchez Rivero que contenía la descripción de Madrid y su provincia en el *Viaje de Cosme de Médici por España y Portugal*, periplo que realizó con un séquito de treinta y nueve personas de la corte de Toscana y en el que durante seis meses recorrió la Península Ibérica. Lorenzo Magalotti escribió la crónica del viaje realizado entre 1668 y 1669. En 1933 el Centro de Estudios Históricos publicaba el texto completo del viaje en italiano, en transcripción de Ángel Sánchez Rivero, que había fallecido en 1930 y de A. Mariutti de Sánchez Rivero. Esta obra, conocida y comentada por los historiadores, no se había publicado en castellano en su texto completo del Viaje por España y Portugal hasta la publicación en 2018 por Miraguano de la transcripción de David Ferosel Jiménez, con introducción y notas de José María Sánchez Molledo.¹ A partir de esta transcripción vamos a escribir sobre el itinerario del periplo y su estancia en la ciudad de Madrid.

Cosme de Médici (1642-1723), hijo de Fernando II de Médici y de Victoria della Rovere, es el príncipe heredero del gran ducado de Toscana y, como tal, viaja por España y Portugal, en un recorrido que comienza en Florencia el 18 de septiembre de 1668 y termina en Coruña el 19 de marzo de 1669. La comitiva se compone de treinta y nueve personas, representantes de la nobleza y la cultura florentinas, entre los que destacan Lorenzo Magalotti, autor de la relación del

¹Lorenzo Magalotti, *Viaje de Cosme III de Médici por España y Portugal (1668 – 1669)*, edición de David Ferosel Jiménez y José María Sánchez Molledo, Madrid, Miraguano, 2018.

viaje y Pier Maria Baldi, que realiza 129 acuarelas en las que plasma las ciudades y lugares recorridos. Este viaje fue realizado por Cosme de Médici contando con 26 años, algo poco frecuente para un gobernante de la época, y anuncia el *Grand Tour* que pondrían de moda los ilustrados del siglo XVIII. Continuaron el recorrido por Inglaterra, Holanda y Francia hasta octubre del año 1669. Poco después de regresar, muere Fernando II y en mayo de 1670 Cosme, con 28 años, se convierte en el VI Gran Duque de Toscana, con el nombre de Cosme III, en un reinado que se prolonga 53 años, hasta su muerte acaecida en 1723.

La ruta se realiza por mar desde Livorno hasta Barcelona, donde comienza el camino terrestre, visitando ciudades como Zaragoza, Madrid, Toledo, Granada, Córdoba, Sevilla, Badajoz, Lisboa, Oporto, Santiago de Compostela y Coruña, para continuar nuevamente por mar. En la minuciosa relación del viaje se describen las ciudades, villas y lugares por las que pasaron. Anotaron la producción de la tierra y las costumbres de sus habitantes, lo que hace del mismo una completa visión de la España de finales del siglo XVII, durante la minoría de edad de Carlos II.

El viaje por la Península Ibérica y algunos de los países más potentes de la época fue sin duda importante para la formación política del joven príncipe, sobre todo porque viajaba acompañado por un escogido grupo de cultos nobles que representaban una significativa muestra del ambiente social e intelectual toscano de la época.

Cosme y su séquito salieron desde Florencia el 18 de septiembre de 1668. Después de viajar durante todo el día llegaron a Livorno, donde se embarcan en dos galeras granducales que, poco después, se hacen a la mar. Se siguió una ruta a lo largo de la costa tirrénica con paradas en Portofino, Vado Ligure, Mónaco, en las islas Hyères y bajo la protección de las fortalezas que cierran el golfo de Marsella, hasta alcanzar la costa catalana donde, durante las paradas, Pier Maia Baldi tiene tiempo de inmortalizar los puertos de Cadaqués, Rosas y Palamós. Magalotti anota cuidadosamente el intercambio de cortesías y las visitas que mantienen los dos comandantes de los distintos puertos, en los cuales las naves echan el ancla. Generalmente, el recibimiento se realiza con un número variable de salvas disparadas desde las fortalezas de los puertos donde se atraca, todos anotados con exactitud, ya que de su número se deduce la categoría del homenaje con que se agasaja al príncipe.

La relación del viaje enumera con mucha precisión las etapas, los alojamientos y, con particular atención, se detiene en las autoridades civiles y religiosas, en la consistencia de las fortificaciones y de las tropas y en cualquier otra noticia útil para el conocimiento del territorio visitado. No se trata de la simple descripción de un viaje, sino de una narración detallada de lo que puede interesar a una cancillería para consideraciones de tipo económico, político y militar. De esta manera casi no se advierten impresiones personales o asuntos que tengan que ver con el autor. Los protagonistas de la *Relazione* son el príncipe, España y



Cosme de Médici. Retrato al óleo de Giusto Suttermans, 1658, Florencia, Galería Palatina, Palazzo Pitti.

Portugal. El tono es distanciado y formal, a menudo crítico, desde la perspectiva de una posible lectura y valoración política.

Después de permanecer una semana en Barcelona, Cosme y su séquito inician el viaje por tierra. Se usan para transportar al príncipe varios medios. Frecuentemente una parihuela, a veces una calesa, otras veces carrozas puestas a disposición por las autoridades locales o por los diplomáticos toscanos que se encuentran. Magalotti indica con precisión las etapas donde hacen alto: con estancias más largas, de casi un mes en Madrid y Lisboa, y paradas de algún día en Barcelona, Zaragoza, Córdoba, Granada, Sevilla, Oporto, o Santiago de Compostela. En Coruña permanece doce días a la espera del navío que lo llevará a Inglaterra.

El príncipe y su séquito se alojan preferiblemente en los conventos. A lo largo del camino, se vieron obligados a menudo a conformarse con las posadas, algunas muy humildes. A menudo los topónimos citados en los informes indican paradas en las posadas a lo largo del camino: *La Venta Nueva*, *la Venta de San Andrés*, *la Venta Quemada*, o *la Venta de los Santos*. Otras veces, como entre Santiago y Coruña, Cosme se aloja en una simple habitación y el séquito

tiene que alojarse en las cuadras. Generalmente, el *administrador* Ciuti precede al grupo y es enviado, como en las proximidades de Barcelona, junto al intérprete “para preparar la estancia”. En Madrid rechaza el alojamiento que en el Palacio del Buen Retiro le había sido asignado por la reina Regente, Mariana de Austria, dado que desea viajar “de incógnito”, para no dar lugar a que se carezca oficialmente a su viaje, que debe realizarse teniendo en cuenta también las relaciones políticas internacionales de la corte de los Médici, a caballo entre una posición filofrancesa y filoespañola.

El recorrido pretende visitar el mayor número de ciudades importantes de España y Portugal. La comitiva, desde Barcelona llega a Zaragoza y a continuación a Madrid donde es recibido por la reina Mariana y por el joven príncipe Carlos, después de una serie de contactos diplomáticos iniciados en Barcelona en los cuales se entrevé el deseo de un encuentro que, por un lado prestigiará sin duda su figura y su misión pero, por otro, crea situaciones políticas que él y su séquito querrían atenuar. El encuentro se celebra según el protocolo de los Austrias dejando completamente satisfecho a Cosme.

Desde Madrid visita El Escorial, símbolo de la monarquía española y lugar ineludible para todos los viajeros de su época. Los mismos motivos le llevan, una vez abandonado Madrid, a Aranjuez y a Toledo. El itinerario conduce a Cosme de Médici hacia el sur, visitando las principales ciudades de Andalucía: Córdoba, Granada y Sevilla. En todas partes es recibido con grandes manifestaciones de júbilo y de respeto, aunque él insiste en querer viajar de incógnito.

La comitiva cruza la frontera entre España y Portugal por Badajoz y Elvas desde donde llega a Lisboa por el camino de Évora y Setúbal. Después de permanecer en la capital portuguesa durante casi un mes, retomará el camino hacia el norte, a lo largo del recorrido que une las ciudades de Santarém, Tomar, Coimbra y Oporto. En Caminha, en la desembocadura del Miño, Cosme se embarca para Tuy, desde donde por Pontevedra y Padrón, llega a Compostela, y posteriormente a Coruña, donde se embarca para ir a Inglaterra.

Un viaje de cinco meses que lleva al joven príncipe y a su séquito a estrechar importantes relaciones diplomáticas y a conocer a fondo gran parte de la Península Ibérica que, en los informes y diarios, aparece descrita en todos sus aspectos, desde el político y administrativo a los culturales, sociales y económicos, desde las costumbres al paisaje.

Cosme de Médici era muy religioso, durante el Viaje por España y Portugal aparece continuamente visitando iglesias y acudiendo a oficios religiosos. Al comenzar el viaje, en Livorno, Magalotti nos dice que pasó buen espacio de tiempo en ejercicios de piedad. A lo largo del viaje notamos este carácter piadoso.

Cosme de Médici pone un gran cuidado en oír misa todos los días; tampoco le molesta oír dos, como, por ejemplo, en Monserrat; cuando está a bordo o se encuentra en alguna venta que carece de capilla, es su capellán quien celebra el Santo Sacrificio en un altar improvisado. En todas las fiestas recibe los sacramentos. Observante de todos los mandamientos de la Iglesia, al llegar a Alcolea

se provee de la Bula de la Santa Cruzada, para sí y para todo su séquito. Nunca deja de asistir a las funciones religiosas y a las procesiones que se celebran en distintos lugares, coincidentes con su estancia. Y cuando la lluvia le impide salir



Cosme III, Gran Duque de Toscana. Grabado de Adrian Haelweg (1637 – 1696). Madrid, Biblioteca Nacional de España, ER/1172.

a paseo, se pasa el día en la iglesia, asistiendo a misas, sermones, completas, o sencillamente rezando. Obsequia con abundantes limosnas a los santuarios. También le gusta visitar los conventos de monjas: charla con éstas y escucha sus conciertos. Y ellas se muestran encantadas de sus atenciones. A menudo pasa las noches conversando con religiosos. Son muy pocas las veces en que a estas reuniones acude algún matemático u hombre de ciencias que no sea un religioso.

En líneas generales, el viaje está definido antes de la salida de Florencia. Algunas particularidades se modifican o se fijan después, pero siempre con gran anticipación, como los detalles de la salida para Londres desde el puerto de Coruña, que se especifican durante su estancia en Madrid.

El viaje se realiza de incógnito. El Embajador de Florencia en Madrid, Vieri de Castiglione, quien va a recibir al Príncipe en Guadalajara con un coche de seis caballos, hace coincidir este carácter de incógnito con el firme deseo del Príncipe de no ocasionar ninguna molestia en los lugares por donde pasase.



Retrato de Cosme de Médici en 1669. Londres por Samuel Cooper. Acuarela sobre pergamino. Florencia Galeria degli Uffici. El retrato fue realizado durante la segunda parte del Viaje por España.

Respecto a la verdad de este deseo de Cosme, nos es lícito dudar. Vemos, a lo largo de las relaciones del viaje que a Cosme no le molestaba ser recibido con honores. Al llegar las dos galeras a Barcelona, y al ser preguntado acerca de si llevan el hijo o el hermano del gran duque, ya que al primero correspondían mayores honores que al segundo, hace constar que “el hermano desde luego no estaba”. Modo de decir, guardando las formas, que quien allí se encontraba era el hijo del gran duque, al cual se le debían los honores militares correspondientes. También se muestra muy satisfecho el Residente, cuando escribe al gran duque en Florencia, que en Barcelona: “Su Alteza ha sido saludado por toda la guarnición, con las salvas de ordenanza prescritas para los reyes y demás honores, aún teniendo en cuenta que pasaba en un coche con las cortinas corridas”. Y cuando el Príncipe es recibido por los Reyes, se insiste mucho en las menudencias del ritual.

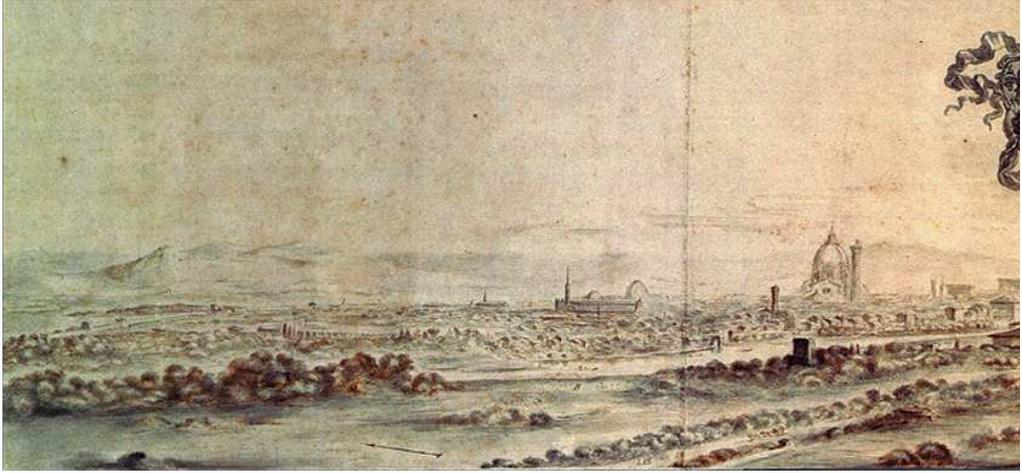
La Reina había pensado recibirle como a un gran Príncipe: le había hecho preparar un alojamiento en el Buen Retiro. Al principio había producido alguna molestia el que Cosme rehusara tales atenciones; después se habría creído que era lo mejor, frente a su firme parecer, desistir del recibimiento público para no poner obstáculos a aquel deseo suyo de gozar de plena libertad. La misma atención demuestra cuando, el día de San Carlos, aparenta la Reina no verle entre la muchedumbre, conformándose así a su deseo y evitándole la publicidad que en aquel día, fiesta del Rey, habría sido muy difícil de impedir. Cosme de Médici parece algunas veces exagerar este empeño de incógnito, tanto que Vieri se le muestra contrario cuando aquél propone ir a visitar a la Reina como otro noble cualquiera; eso le hace notar, tal vez molestase a los ministros, que podían interpretar tal gesto en un sentido despectivo, y la Reina y los ministros habían tenido hacia él muchas atenciones: en Tortuera, primer lugar de Castilla, habían salido a su encuentro no dos, sino cuatro alguaciles, lo que sólo se solía hacer con las personas reales, y en Fraga, en Aragón, acompañado de sus guardas a caballo, el capitán de las milicias de dicho reino, honor que se solía otorgar sólo a los reyes o a las personas reales. Y todo esto obedecía a órdenes dadas por la Reina, de respetar el incógnito, pero sin dejar de servirle y atenderle con solicitud, como a Príncipe tan grande convenía.

Siempre por el repetido carácter de incógnito, Cosme procura llegar tarde, ya al anochecer, a los grandes centros. Llega de día a los pueblos o donde no puede por razones logísticas hacerlo de otro modo. Cuando llega de día se le rinden honores, especialmente por lo que a la parte religiosa se refiere. En Monserrat, Zaragoza, Toledo, Estremoz y Tuy, salen a su encuentro los cabildos en pleno, y le acompañan en procesión, le bendicen junto con su séquito.

En general, el Príncipe se muestra muy generoso. Pero también recibe gran cantidad de regalos de los reyes y de los príncipes, de los religiosos y de las monjas, así como de los italianos residentes en la Península. Se procura obsequiarle siempre con especialidades del país. La Reina Mariana no encontró presente más oportuno para el Príncipe que una magnífica caja llena de pastillas de chocolate.

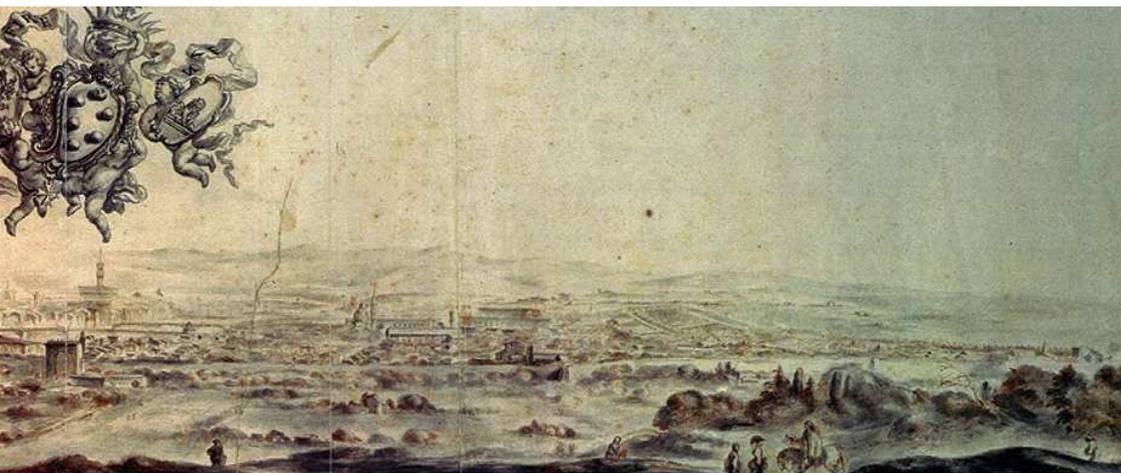


Retrato de Cosme III de Médici. Grabado de Hendrik Causé (1648 – 1691).
Madrid, Biblioteca Nacional de España, RI/453.



Pier Maria Baldi, Vista de Florencia (1668). Florencia, Biblioteca Laurenciana.

El Gran Duque Cosme III de Médici con el hábito de Canónigo de San Juan de Letrán. Carlo Matta, año 1700. Florencia.



Particularmente rico fue el regalo del Príncipe don Pedro de Portugal. También Cosme adquirió algunos objetos y visitó establecimientos de carácter local. Especialmente le interesan las caballerizas: ejemplo la de Córdoba, la mejor para caballos, de carrera y de tiro, en donde se entretiene para comprar caballos que había de enviar directamente a Italia.

El Diario del Viaje, manuscrito de Lorenzo Magalotti se conserva en la Biblioteca Laurenciana de Florencia, y se completa con otros diarios debidos a la pluma de sus acompañantes: Gornia, Ciuti, Corsini, que se guardan en otros archivos florentinos. La transcripción de Sánchez Rivero y Mariutti de Rivero anotan las variantes de las relaciones secundarias sobre el texto principal de Magalotti, transcripción que hemos seguido en nuestra traducción.

COSME DE MÉDICI EN MADRID

Cosme de Médici estuvo en Madrid desde el 24 de octubre hasta el 25 de noviembre de 1668. Se alojó en casa del embajador de Toscana en la Corte de Madrid, y comenzó a recibir audiencias y a conocer la ciudad. Así describe el santuario de Nuestra Señora de Atocha: “El día 28, Su Alteza, con toda su corte, se puso en traje negro a la española, y salió hacia las once a oír misa a Nuestra Señora de Atocha. Esta imagen, que es una estatua antigua, goza de grandísima veneración en Madrid. La iglesia queda muy fuera de la mano, y del palacio del Retiro se va a ella atravesando el huerto de los frailes, que son Dominicos. Esta vecindad ha contribuido grandemente a la fortuna del convento y de la iglesia, cuya fábrica se valúa en doscientos mil escudos de plata, aunque no tenga apariencia de haber costado la mitad, ni aun la cuarta parte, pues la forman solamente de la paredes blancas y unas bóvedas adornadas muy ligeramente con estucos. La planta es de una nave con dos alas de capillas, las cuales, por la

parte donde está la imagen de la Virgen, colocada a la derecha según se entra, quedan reducidas a una nave por haberse suprimido las paredes intermedias. Toda esta nave está convertida en capilla, en torno a la cual se hallan encendidas de continuo bajo el plano de una barandilla que la recorren unas cuarenta y cinco lámparas grandes de plata. El altar parece muy rico por la talla y por el oro, pero en substancia es todo él de madera, sin nada de metal. La imagen está sentada sobre un pedestal aislado dentro de un nicho profundo que se halla en el centro de toda la arquitectura del altar. Está ricamente vestida y adornada con muchísimas joyas, y dicen que tiene un riquísimo tesoro de vestiduras. Los arcos de esta nave o capilla que dan a la nave principal, correspondiendo a los de las capillas de enfrente, están cerrados de alto a bajo con verjas de madera dorada. Donde comienza la barandilla indicada, es decir, más cerca del altar por el ángulo del Evangelio, hay un gran tambor de cristal desde el cual asisten el rey y la reina a las misas y a la celebración de los divinos oficios. En el altar de la Virgen es costumbre decir la misa con dos misales que están allí siempre preparados en atriles y el cáliz en medio, por lo cual el sacerdote, una vez dispuesto, va de la sacristía al altar con las manos juntas.”

Seguidamente se dirigió a la Casa de Campo cruzando el centro de Madrid: “De la iglesia fue Su Alteza por la calle Atocha², cruzando la Plaza Real, tirando por la calle Mayor, pasando por el Hospital de la Corte, después y desde allí se gira a mano izquierda, y allí mismo, a la vuelta de casa, se encuentra un caballero del conde de Rede, embajador de Holanda, que demanda cuándo podría tener el honor de reverenciar a Su Alteza, se le contestó que Su Alteza pasaría el día paseando por la Casa de Campo, poco después se recibió una entrada por parte del señor residente para verse en el mismo. Su Alteza fue con dos coches de cuatro, pero esta vez por la principal calle Mayor hasta la puerta de la Vega y al puente, de allí tiraron hacia arriba donde está la zona que llamada los estanques de la Casa de Campo, que son unos pequeños lagos repartidos por una

²Manuscrito Corsini: “... Esta calle (calle de Atocha) es muy grande y es de las principales y de las menos sucias, con muchos edificios muy buenos que la emboblecen calle arriba, llegamos a la Plaza Real, donde se acostumbra a hacer la famosa fiesta de los toros; Ésta es moderadamente grande, casi cuadrada rodeada por todas partes por los pórticos que se sostienen sobre altas columnas, de unos seis brazos aproximadamente, de piedra como nuestro granito del Elba, sin embargo, no es duro, y no muy lejos de Alcalá tienen canteras que hace fácil encontrar la cantidad de esta piedra que se quiera.; las casas que rodean la plaza son todas iguales, y cada una tiene cinco hileras de ventanas con sus terrazas y sus celosías de manera que parece una barandilla continua. En medio de uno de los lados se encuentra la casa donde la acostumbra a ir al rey para ver la fiesta, que es la mejor que hay y tiene todos los balcones dorados. De allí pasó por un edificio de piedras cuadradas con algunas cúpulas en las esquinas, la entrada de los cuales responde a una plaza no muy grande, con una fuente en el centro, y en este se nos dijo que eran las cárceles reales. Se entró después en la calle Mayor, que sigue siendo la mejor pero muy sucia al ser de las más populares, entre los otros palacios allí, que hay, destacan el del duque de Medina de las Torres, de la Casa Guzmán, Presidente del Consejo de Italia y Grande de España, no muy lejos hay un gran hospital que llaman “de la Corte” por haber sido construido por el rey. Se ve, de pasada, la placita de la Villa, llamada así por tener su palacio que aún no se ha terminado, parece una casa normal con una torre, donde está la prisión en la que permaneció Francisco I, rey de Francia.”

arboleda agradable en una meseta plana en un lugar montañoso y dividido por alguna calle, allí se encontró con el embajador que estaba esperándole. Pronto descubrió desde el lado de la orilla del lago a Su Alteza y se movió a su encuentro, al igual que Su Alteza, encontrándose en medio de unos caminos, el embajador habló durante mucho tiempo, siempre escoltado por Su Alteza que nunca le interrumpe, hasta un momento en el que Su Alteza muy discretamente se inclina para poder pasear juntos unos veinte minutos, volviendo después cada uno a la zona desde la que se habían movido para encontrarse.

Al volver a casa Su Alteza se apeó del coche para ver la Casa de Campo, antigua casa de recreo de los reyes de España, hasta que construido el Retiro por el Conde Duque, empeorando de condición, se convirtió en lugar dedicado a los placeres menos inocentes de Felipe IV.

Por un portón, que nada tiene de regio, situado en el camino que bordea el Manzanares, se entra en un pradillo. A mano izquierda se encuentra una especie de taberna; en frente el terreno se levanta hacia unos montecillos poco amenos, y a mano derecha se angosta en un paseo muy corto que conduce a la Casa del rey, la cual en Toscana no sería nada impropia de un particular acomodado. Podría decirse que es un pedazo de casa construida toda ella de ladrillo, excepto las columnas de una mísera galería que está en medio de las dos alas del edificio. La anchura de la indicada galería es la de toda la casa, pues por la puerta contraria a aquella donde está la entrada se sale al jardín, que parece como un cuadro circundado de muros. Tal como es resulta muy bello, si para rey tan grande puede decirse bella cosa tan estrecha, reducida al entrecruce de dos paseos con una plaza en medio circundada de árboles altísimos que encierran en el centro una fuente de mármol blanco compuesta de tres tazas, una sobre la otra, sin agua. Dijeron que el agua existe, y que es conducida por canales ocultos más arriba de los árboles, volviendo a caer en forma de lluvia; estos canales deben estar todos estropeados, por abandono. Entre la fuente y la casa está, sobre un pedestal muy gracioso de mármoles de Carrara, un caballo de bronce, dado por un Gran duque de la serenísima Casa de Médicis, con la estatua de Felipe III³ armado⁴, estatua que disuena delante de un edificio tan desdichado.

El paseo abajo por el río, como se hace en verano, no puede ser más hermoso, extendiéndose las orillas con gran amplitud y no más altas de lo que el lecho del río, cubiertas, en toda su extensión, de chopos altísimos y de otros árboles de sombra. La vista se encuentra allí por todas partes su satisfacción;

³ [La estatua ecuestre de Felipe III fue realizada en Florencia en 1614 por Juan de Bolonia que hizo el vaciado en bronce y por Pietro Tacca que realizó los remates por encargo del Gran duque de Florencia, Cosme de Médicis, que la ofreció como regalo al rey español. Desde el año 1848 está instalada en la Plaza Mayor de Madrid. En 2017, coincidiendo con el cuatrocientos aniversario de la Plaza Mayor, el gobierno de la Comunidad de Madrid ha declarado la estatua Bien de Interés Cultural con categoría de Monumento para preservar su ubicación de manera definitiva.]

⁴ Manuscrito Corsini: “*el caballo sobre el cual se encuentra la imagen de Felipe III, obra de Juan de Bolonia.*”

por un lado se contempla sobre la cima de una larga cuesta extendida por igual en gran trecho, el palacio del rey con una larga cinta de edificios interrumpida de cuando en cuando por frondosos jardines y por varias plantaciones de árboles que, rompiendo con su verdura la continuación de las casas, hacen una mezcla agradable de ciudad y de campo. Por encima se extiende una amplia visita que, más allá de una magnífica quinta del marqués de Castel Rodrigo, llamada la Florida, acaba en la perspectiva de unas montañas lejanas; y del otro lado, que cierra la tapia de la Casa de Campo, los árboles de ésta, alzándose por encima del muro, no dejan faltar la verdura por esta parte; debajo se ve todo el bellissimo puente del Manzanares, de setecientos setenta pasos de longitud y veintitrés de anchura, completamente fabricado de piedra y adornado en los bordos de gruesas bolas, igualmente de piedra, colocadas encima de pedestales que descansan sobre cada uno de los pilares del mismo. Entre éstos, solamente nueve arcos están abiertos por la parte inferior, de los cuales sobran la mitad para el agua que lleva el río. Todo el resto es macizo, hecho más bien por magnificencia de levantar el camino, que resultaría aquí demasiado bajo, que por necesidad. Antes de que comiencen los arcos se abren de un lado y otro los bordes, y bajando con declive muy suave hasta el río permiten a los coches subir y bajar por varios lados al paseo que se hace en el mismo lecho del río. Desde la Casa de Campo se puso rumbo al alojamiento de Su Alteza llegando de noche ya”.

El 29 de octubre Cosme de Médici fue a ver la iglesia de los Jesuitas. Describe así la iglesia y convento en 1668, así como la Capilla de San Isidro, aún en construcción, en la iglesia de San Andrés, y el palacio de *La Florida*: “Después de comer fue Su Alteza a visitar la iglesia de los Jesuitas delante de la casa del conde de Molina, que entre las casas de Madrid puede pasar por palacio bastante razonable. La indicada iglesia tiene la fachada de piedra barroqueña levantada hasta todo el primer orden con dibujo muy noble y majestuoso. Dentro hay un pórtico, al cual se abren las tres puertas de la fachada. La iglesia es una cruz muy grande con pilastras de un nuevo orden por la mezcolanza impropia del dórico y del corintio. La bóveda está adornada con cornisamentos de estucos pintados al fresco. Las capillas abiertas en los muros de la nave principal son suficientemente grandes. La cúpula no es de media naranja, pero tiene su tambor iluminado con numerosas ventanas. Pero la bóveda descansa de una manera desdichada. De la iglesia subió Su Alteza a la librería atravesando una parte de las habitaciones de los padres, que son muy modestas. La librería ocupa una buena estancia cuadrada cubierta por una bóveda de arista, y sobre el primer orden de la estancia se extiende una galería con su balaustrada de madera pintada de negro. El rector estaba fuera por lo que Su Alteza fue acompañada por el padre Fresneda, predicador del rey, al que tenía en mucha estima.

De los Jesuitas se fue a ver la nueva capilla de San Isidro, contigua a la parroquia de San Andrés, a la que perteneció este santo mientras vivió. La iglesia fue reconstruida casi por completo, pero aun así es muy pequeña y sin adornos. Se entra por un lado y se pasa a la iglesia, pasada la cual a mano

izquierda se encuentra la capilla de San Isidro, a la que se accede por un arco flanqueado por dobles pilastras, que nos da una figura de dos cuadrados. La primera es el atrio, está dividido por pilastras en cuatro entrepaños, en los cuales están cuatro historias de la vida del santo pintadas en competencia por los pintores del rey. El segundo está adornado con gruesas columnas estriadas de mármol gris (cuya cantera se halla cerca de Toledo), las cuales sostienen la cornisa. En medio se encuentra el altar de cuatro frentes para celebraren él cuatro misas al mismo tiempo. En el medio sobre el sagrario, se alza un pedestal de mármol, que debe sostener la urna de plata, donde se encuentra el cuerpo del santo, que en aquel tiempo se hallaba detrás de la nueva iglesia en una antigua capilla, gótica y oscura llamada la *Capilla del Obispo*, por un obispo que la fundó, cuyo sepulcro, rico monumento de mármol se encuentra allí. El tabernáculo que cubre el altar está sostenido por ocho columnas de mármol rojo y blanco, traído también de las cercanías de Toledo. De las columnas para arriba es todo él de madera pintada y dorada y adornado puerilmente con estatuillas también de madera. La bóveda de la cúpula y del atrio está toda adornada con estucos sobre fondo de oro, pero groseros y mal trabajados. El pavimento es de mármoles, y los frontales del altar cuadrangular son de mezclas que imitan la piedra. La parte de fuera es de ladrillo, pero los ángulos, frisos, cornisas y jambas de puertas y ventanas son de piedra berroqueña. La iglesia ha sido construida de limosnas hechas por varios bienhechores y se han gastado en ella más de quinientos mil escudos⁵.

De allí por el Prado Nuevo, que es calle ancha plantada con dos hileras de olmos por la cual se baja hasta el río y en la cual se encuentran numerosas fuentes de piedra, todas ellas muy pobres de agua, se baja a *La Florida*. A mano derecha del Prado Nuevo, el terreno en declive de la colina está lleno de huertas, llamadas, en general, *Las Huertas de las Minas* por algunos agujeros profundos a manera de cuevas. *La Florida* es un edificio muy cómodo de dos pisos, adornados con algunos cuadros venidos de Flandes para el marqués de Castel Rodrigo. Delante tiene un prado, y en medio hay una fuente de mármol blanco, que es una gran pila angular, con una taza sostenida por tres figuras dentro. A un lado y otro de la casa hay dos pequeñísimos jardincillos que llegan hasta el prado, y debajo de éste igualmente hay otro jardinillo rodeado por un emparrado bello y grande con dos tazas de piedra que echan agua. En la puerta que mira al río hay otra fuente. Arriba, más cerca de la casa hay un gran cuadro, en torno al cual han construido recientemente un muro, destinado a plantar en él ciertas flores traídas de Flandes, de donde habían venido también los jardineros.

⁵Manuscrito Corsini: "... Desde allí se entró en la antigua iglesia adyacente a esta, donde está el verdadero cuerpo santo, a la espera de la terminación de la capilla nueva para ser transportado allí, pero las obras se retrasan y el uso de mármol y bronce encarece la obra y hace que se dilate en el tiempo por lo que se ha decidido abrirla al público, que es quien la paga, pero terminándola con estuco y madera, que en la actualidad hace que tenga un aspecto extraño, pero en poco tiempo por lo que nos dicen, se terminará..."



Su Alteza visitó la casa y el jardín y de un armario polaco del marqués se le regaló a Su Alteza un vaso tallado con un diamante, y asimismo se le mostró un cuenco de cristal con tapa a rosca realizado de similar forma a la del vaso”.

El 30 de octubre Cosme de Médici fue a visitar la Fuente Castellana, lugar en el considera el abastecimiento de agua a Madrid: “Partió Su Alteza a tomar el aire hacia la Fuente Castellana, que tiene un agua proveniente de las montañas próximas; es recogida a una milla fuera de Madrid, en un pozo desde el cual pasa a un grueso caño que la conduce y reparte por muchos sitios de la ciudad. Poco más abajo del pozo hay una fuente, o más bien un abrevadero de piedra, para comodidad de los pasajeros y de las bestias. Este agua es considerada la mejor de Madrid, aunque para la boca del rey se use otra que surge a media legua de Alcalá. El manantial vierte de un depósito que está cerrado con dos llaves, una guardada en la Corte y la otra por el corregidor del lugar. Ninguno, por tanto, puede llegar al sitio donde mana; sólo pueden utilizar las filtraciones en un punto que permanece abierto. Es también famosa el agua de Húmera, que brota a una legua de Madrid, y la fuente llamada del Membrillo porque hace algunos años surgía al pie de unos de estos árboles por debajo de la Casa de Campo; ahora vierte en una fuente de piedra colocada en el paseo del río. Toda la excursión de este día hecha por Su Alteza fuera de la ciudad fue por un país desigual, arenoso, y, por consiguiente, pelado e infecundo como es todo el distrito de Madrid. Volvió a casa por la puerta de Santa Bárbara y fue Su Alteza a casa.”

El palacio y jardines del Buen Retiro es descrito de esta forma por Magalotti: “Por el día Su Alteza se fue a ver el Buen Retiro. La entrada del Buen Retiro no tiene nada de grande ni de magnífica. La fachada carece de adornos; la construcción es de ladrillos toscamente hecha, y su vista sólo puede disfrutarse de cerca por impedirlo los edificios que la circundan. No obstante, considerando el Buen Retiro en conjunto como un gran cuerpo, se encuentra simetría en todas sus partes. Tiene solamente dos pisos, y en los cuatro ángulos está flanqueado de otras tantas torres un poco más altas que el resto del edificio. Estas torres son de forma cuadrada y su extremidad se cierra en forma de pirámide. Los muros



Madrid desde el Retiro (1668). Acuarela de Pier Maria Baldi, Florencia, Biblioteca Laurenciana.

de la fábrica que miran al jardín, o sea al patio, están mejor ajustados que los de fuera y en el segundo piso hay un corredor que se extiende por las cuatro fachadas con baranda de hierro, hecha de varias figuras. El patio, o sea el jardín, está adornado con parterres, bastante descuidados, y se halla dividido con macetas de jazmines y naranjos alternando con granados; pero lo que le hace más bonito es una gran pila colocada en medio que presenta la figura de una fortaleza exagonal revestida de ladrillos. Cuando Su Alteza entró en el Buen Retiro fue conducido al segundo piso, donde están los departamentos del rey, de la reina y de los hijos, estando reservado el primero a la comodidad de las oficinas y del servicio de la corte.

Algunas de las salas y cámaras de estos departamentos tienen el piso cubiertos con esteras de juncos primorosamente tejidos; otras presentan el techo artesonado, y en otras, en forma de bóveda hecha con follajes tocados de oro. Las paredes están incrustadas con azulejos hasta la altura de tres brazas. Por lo que se refiere al adorno de las salas y cámaras, es diferente según la calidad de las habitaciones; pero puede decirse en verdad que todas ellas tienen adornos ricos y bien trabajados con fondo de terciopelo y figuras realizadas con hilo de oro y de plata en bordado grueso. La cámara y el gabinete del rey estaban cubiertos de tapices con fondo de oro y figuras bordadas en seda, y de terciopelos rojos enriquecidos con frisos de bordado de oro y de plata semejantes a las cortinas del lecho. Algunas de las salas están adornadas con tapices, otras con pinturas de los más célebres pintores de España, y entre ellas, es digna de consideración una en la cual se ven representadas en grandes cuadros las acciones más ilustres del duque de Feria. Visto el cuarto regio y recorridas cuatro o cinco habitaciones que se encuentran en la parte de las dos primeras fachadas, entró Su Alteza en la tercera que se corresponde con la primera, aunque es algo más alegre y ventilada. En este cuerpo del edificio se disfruta

por una parte la vista del jardín, descrito, y por la otra, la del jardín grande, pues de la galería que se extiende por la fachada se entra en una gran pieza desde la cual se descubre un patio en medio de la cual hay un caballo de bronce, obra de Pietro Tacca, que se sostiene con noble actitud solamente sobre las patas traseras, encima de un pedestal de mármol blanco, montado majestuosamente por la estatua de Felipe IV, al cual fue dado por el serenísimo gran duque Fernando II⁶.

Pasando de la tercera fachada a la cuarta, que resultó no menos bella que las otras, se ven las habitaciones que ocupara la reina de Francia y después la Emperatriz, habitaciones que Su Majestad la reina había hecho preparar para Su Alteza. Las salas y las antecámaras estaban ornadas de tapices flamencos con relieves de oro, y la cámara del descanso estaba recubierta con un adorno más rico y mejor trabajado y el lecho revestido de brocado con ricas franjas de oro. En el departamento de la reina, no menos galano que los demás, había tres grandes almohadones para sentarse, según el uso de España, y una sillita para el rey vuelta a la pared. Terminada la vista de todo el edificio, Su Alteza bajó al patio donde se hallaba la carroza, y entrando en ella pasó al jardín, que no es ciertamente la cosa más bella del Retiro, pues todo él se presenta quebrado e irregular. Los paseos están la mayor parte descubiertos y son angostos, concurriendo todos al centro del jardín en forma de estrella. La desigualdad del terreno y la confusión que se encuentra en las partes bastaría para hacerlo desagradable, aparte de la sequedad de la tierra que produce poca hierba en las partes más considerables y la negligencia de los jardineros en cultivarlo y limpiarlo.

Después de haber andado Su Alteza ciento cincuenta pasos en el jardín, descubrió a mano derecha un edificio de cuarenta pasos de largo y más de veinte de ancho, sin ningún adorno, con el piso de ladrillos e incrustaciones de azulejos colocados en buen orden. Las paredes hasta tres brazas por encima del piso, estaban igualmente recubiertas de azulejos de diversos colores, y desde allí hasta la bóveda, pintada como algunas de las que se ven en el edificio grande del Retiro, había diversos cuadros colgados a distancia proporcionada que hacían decorosa y noble la estancia. Al pie de las paredes se veían varios bustos con las cabezas de pórfido y el resto de mármol que representaban emperadores romanos, más estimables por la materia que por el trabajo del artista, colocados a la altura de tres brazas sobre pedestales de mármol blanco a intervalos regulares; lo que hay de bello en la estancia consiste en el aire y la alegría.

Lo único interesante es la fachada que mira al jardín, ennoblecida por algunas pinturas al fresco con varias inscripciones y versos latinos referentes a las escenas que en ellas se representan. Al salir por la puerta del medio de

⁶[Fernando II de Medici (1610 – 1670), quinto Gran duque de Toscana desde 1621 y gobernante en el momento del viaje de Cosme de Medici. Hijo de Cosme II y de María Magdalena de Austria. Casó con Victoria della Rovere y fue padre de Cosme III.]

esta fachada apareció la estatua de bronce del emperador Carlos V, colocada sobre un elevado pedestal de mármol, que está en pie, coronada de laurel, pisoteando la Discordia y la Herejía que yacen encadenadas sobre un trofeo de armas. A cuarenta pasos de aquí, andando en línea recta, se encontró una lindísima fuente de más de veinte pies de altura, formada por dos grandes tazas de bronce y mármol gris, situada la una sobre la otra en el centro de una gran pila de piedra; encima de la más alta, que es la más pequeña, descansa una estatua de Narciso de bronce actitud de admirarse a sí mismo. Alrededor surgen diversos hilos de agua que vuelven a caer en la taza superior, y de ella, derramándose en la de abajo, se desbordan y llenan la pila. La fuente, sin embargo, con todo el esfuerzo que el arte ha puesto en realzar la nobleza de la materia, aparece más rica de bronce y mármoles que de agua, de la cual escasea mucho.

Avanzando unos treinta o cuarenta pasos de allí, se encontraron dos pilastras que se alzan sobre el suelo quince pies, distantes una de la otra como unos veinte pies, sobre las cuales dicen había intención de levantar un arco triunfal para aumentar la magnificencia del sitio; pero ya por el mucho tiempo transcurrido, ya por el poco cuidado en conservarlas, comienzan a arruinarse. Desde allí el jardín comienza a tomar forma de un ángulo, en cuyo vértice acaba la perspectiva de esta fábrica. Hay paseos cubiertos por una y otra parte que encierran, como en el centro de un teatro, la fuente antes descrita. Se detuvo aquí Su Alteza por algún tiempo observando la fuente y la disposición de los paseos que concurren al mayor deleite y la belleza del sitio, y después montó en coche para ir a la iglesia de Nuestra Señora de Atocha que está colocada en una de las extremidades del parque. Se va a ella por una ancha calle plantada a uno y otro lado con plantas de sombra, que a causa de la esterilidad del terreno y de la falta de agua no responden al deseo de los jardineros. Todo el terreno a uno y otro lado es casi un desierto, y sólo por algunos árboles frutales, ahora secos y casi del todo aniquilados por la aridez, se reconoce que en otro tiempo el suelo comprendido en aquel jardín estuvo todo él dedicado a huerta.

En el convento de Atocha se subió a un pequeño departamento por donde el rey tiene entrada en el tambor de cristal que corresponde a la capilla de la Virgen. Este departamento está adornado con cuadros de devoción, entre los cuales hay cuatro de Bassano muy buenos. Las puertas están todas adornadas con molduras de caoba, o sea, de madera roja del Brasil, que claveteada y dorada, hacen un efecto magnífico. Se bajó después al camarín de la Virgen constituido por dos estancias situadas detrás del altar de la Virgen: una, adornada puerilmente con armarios y cajitas de cristal de Barcelona con flores de tela, frutos de cera y otras bagatelas; la otra, está llena de reliquias dispuestas en algunos armarios pequeños pintados y dorados que dan la vuelta alrededor de las paredes. Las custodias son decorosas, pero no magníficas. Hay tan sólo un tabernáculo de plata sostenido sobre cuatro columnas, de tres brazas y media de alto, que sirve para la exposición del Santísimo.

Desde Atocha, atravesando un olivar de los frailes y penetrando de nuevo en el recinto del Retiro, estuvo en la ermita de San Antonio, la más suntuosa de muchas que se encuentran esparcidas por el jardín. Estas ermitas son casitas de ladrillo y de piedra con una capillita que eran habitadas por un fraile de San Jerónimo que tienen la iglesia por debajo del Retiro, desde el cual, por una galería cubierta de celosías, se oye la misa. Ahora están deshabitadas; pero, entre todas, se hace notar por su belleza la de San Antonio, edificada en el centro de un delicioso jardincillo y distribuida en cómodos departamentos que dan la vuelta alrededor de la minúscula iglesia, la cual queda justamente en el centro del edificio. Esta ermita fue levantada por unos portugueses.

Desde San Antonio, prosiguiendo por un paseo plantado como los otros por una doble fila de árboles a uno y otro lado, se llegó a lo alto de la columna donde se encuentra aquel famoso lago, que por razón del sitio, aunque no tuviese otro mérito, es tan nombrado. Su figura es irregular; al principio es cuadrado y recibe el agua viva de dos animales de piedra que la vierten allí; pero como durante el verano esta agua resulta poca para un estanque tan grande, por las orillas están dispuestas algunas casitas en las cuales hay diversos mecanismos que sacando de continuo agua de varios pozos suplen abundantemente a la pobreza del venero. Las orillas de este cuadrado y de todos los canales que a él van serpenteando sobre el dorso de la colina hasta dar la vuelta a una isla irregular que tendrá poco menos de una milla de circunferencia, son de ladrillos. Las riberas están demasiado desnudas, habiendo aquí y allí algunos árboles raros y pequeños, por lo que no resulta transitable más cuando el sol ha perdido por completo su fuerza. En el fondo del primer canal quedan los vestigios de un pequeño arsenal donde estaban las barcas que servían para esta deliciosa navegación, las cuales, juntamente con el arsenal, se quemaron desgraciadamente hace años. Su Alteza fue conducido de paseo por todos los canales de dos bellísimas embarcaciones; un bergantín todo él dorado, con toldo y gallardetes de brocado de oro y verde y una barca también toda ella de talla de oro y cubierta de brocado de plata y encarnado; estas embarcaciones son las que conducen a las personas reales cuando quieren divertirse por el estanque indicado.

Salida Su Alteza de la barca fue a ver otra ermita, también graciosa por la construcción y por el bonito jardín a ella anejo. Con esto se acabó de ver el Retiro y fue despedido por don Álvaro Alemán, caballero de Santiago; bajó el duque de Medina para mostrar este edificio, había sido colocado en la puerta de la misma para recibir y servir a Su Alteza con quien entró junto con su comitiva. Antes de salir del palacio vio el teatro de las comedias unido a él, en el que trabajó el mismo Baccio del Bianco⁷, pintor e ingeniero florentino, muerto pocos años antes al servicio de Felipe IV. El teatro está muy bien dispuesto, y por el tamaño y la gracia tiene gran semejanza con el de Florencia,

⁷[(Florencia, 1604 – Madrid, 1657), ingeniero y escenógrafo italiano del Siglo de oro teatral.]

aunque le ceda de gran trecho en los adornos, donde el de Florencia es más rico. El día terminó con la diversión en el jardín por lo que de allí se fue directamente a casa”.

El 3 de noviembre fue a una representación teatral en el Corral del Príncipe: “Durante el día fue a la comedia del Corral de la calle del Príncipe, donde se recitaba una representación de Santa Teresa, ennoblecida con diferentes vuelos y máquinas, como suelen hacerse en las salas de comediantes públicos. El teatro podía contener cómodamente más de dos mil personas, repartidas parte en un piso de palcos que da la vuelta a la parte más alta de la sala, parte en la *cazuela*, como llaman a un saloncito largo que ocupa toda la fachada opuesta al palco donde están las mujeres, parte en las gradas que dan la vuelta en torno a las tres caras libres de la sala sobre una galería de madera y parte en tierra, donde, por no haber ninguna manera de sentarse, entra muchísima gente de pie. Cuando llueve es muy molesto estar en el centro de esta parte, pues para dar paso a la luz está descubierto el cuadro, y la lluvia convierte la estancia en un verdadero *corral*. El palco escénico es completamente llano y sin decoraciones, sirviendo las diferentes salidas por debajo de algunos tapices de la perspectiva a la carencia de calles y de casas.”

El 7 de noviembre Cosme de Médici fue recibido por la reina Mariana de Austria y el Carlos II que contaba con siete años, en el Real Alcázar de Madrid. Magalotti describe de ese modo la escena que tuvo un estudiado protocolo. “Cuando subió, Su Alteza fue recibida en una puerta secreta del Palacio por el marqués de Cabrera, Mayordomo de la reina, que lo llevó a la escalera hasta la sala destinada para el objetivo que tenía Su Alteza. Se comunica, seis pasos antes de entrar, a Su Alteza que en ese momento estaban Sus Majestades colocándose en la sala, por lo que le rogaban esperar un momento e inmediatamente entrarían. Allí, la reina estaba de pie, y el rey a su derecha, apoyado en el flanco de una gran mesa de pórvido, que terminaba en el ángulo de una gran ventana abierta hasta el piso en medio de uno de los lados mayores de la sala. Detrás del rey estaba la marquesa de los Vélez, y la de Valdueza, camarera mayor. Detrás de la reina; un poco más al fondo quedaban dos dueñas y fray Antonio del Castillo, religioso de la Orden de San Francisco, ilustre por su bondad de vida, que se halla de continuo en el apartamento del rey. En el testero opuesto de la puerta estaban alineadas catorce damas de la reina vestidas de negro, templado con algunas galas. En el centro de la sala permanecía el marqués de Aitona, y detrás de él, más próximos al muro, cuatro mayordomos del rey, cuatro de la reina y algunos enanos y músicos agrupados sin orden. A mano derecha, enfrente de una de las dos ventanas que dejan en medio aquélla donde se encontraba la reina, estaban el marqués de Salinas, capitán de la guardia y don Blas de Loyola, Secretario del Despacho Universal.

Tan pronto como Su Alteza estuvo en la puerta, con el marqués de Cabrera, que lo seguía a mano izquierda, hizo una reverencia a Sus Majestades y después repitió a medias otra en el sitio donde se paró el de Cabrera. Entonces la reina,

seguida por el rey, se movió cuatro pasos hacia Su Alteza, la cual, al acercársele, se inclinó con una profunda reverencia primero, a ella, y después, con otra semejante, al rey, que se descubrió dos veces saludándole. La entrevista duró poco menos de un cuarto de hora, durante el cual la reina reanudó varias veces la conversación, siempre con nuevas señales de cortesía y estimación, no menos hacia la persona de Su Alteza, que a la del Serenísimo Gran duque y de su Casa, expresándole repetidamente sobre la certeza que le daba de la sinceridad de las respetuosas demostraciones de Su Alteza la estrecha unión de sangre que tiene su Casa con aquella Corona. El Serenísimo Príncipe, no bien comenzó a hablar, se cubrió, y cubierto siguió excepto algunas veces en que según las exigencias del razonamiento se descubría, volviendo inmediatamente a cubrirse de nuevo. También el rey quiso hablarle una sola vez preguntándole por su salud, y durante toda la conversación no le quitó nunca los ojos de encima mirándole y volviéndole a mirar de pies a cabeza con maravillosa atención. Durante la visita el marqués de Aitona permaneció siempre descubierto, no habiéndose valido del privilegio de cubrirse más que el breve espacio suficiente para ostentarlo⁸.

⁸Manuscrito Gornia (Impresiones de la audiencia con la reina): “...La reina es una gran mujer y de majestuosa presencia vestida como una monja, con seis de sus damas bien vestidas de monja blanco y negro. El rey es rubio muy ingenioso y listo y el cabello suelto, cara alargada, carnes blancas y suaves, ojos azules, bien constituido el resto del cuerpo y de las piernas en, que están un poco hacia fuera. Estaba vestido con chaqueta, pantalones y manto de oliva de color plateado y su chaqueta con sombrero de plumas blancas en la parte derecha, y se coloca con gran rapidez y pulcritud y siempre estaba con la máxima atención al discurso Su Alteza a la reina la cual habló en voz baja y poco, e hizo manifestaciones singulares con el movimiento de acompañamiento a Su Majestad cuando salía, que fue servida, Su Alteza, por los Grandes fuera, girando siempre la cabeza a la reina e inclinándose tres veces, como también despedirse de las catorce damas de la reina con vestidos negros...”

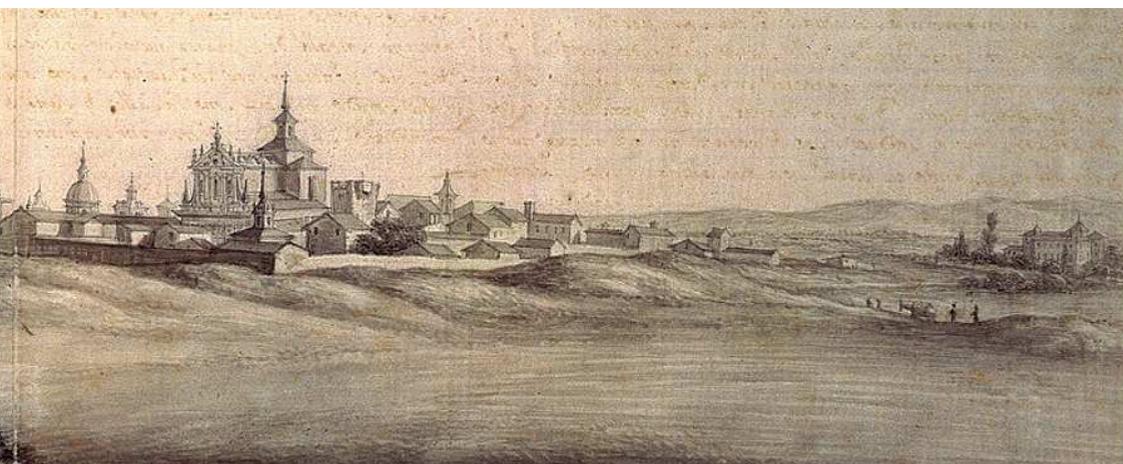
Debajo. Alcalá de Henares (1668). Acuarela de Pier Maria Baldi. Florencia, Biblioteca Laurenciana.



Al despedirse repitió Su Alteza las mismas inclinaciones profundas a Sus Majestades y, sucesivamente, a las otras a medias, ya en la puerta, dentro del umbral de la cual había permanecido toda su corte. El rey se descubrió dos veces al salir como había hecho al entrar. Cuando Su Alteza estaba fuera de la habitación hizo a un funcionario de la Casa pasar la palabra del rey al marqués de Aitona, que voluntariamente quería también darle las gracias por esa visita que había permitido a Sus Majestades tener un día muy feliz. Mientras tanto, se detuvo al ver las pinturas que estaban en ese lugar, cuando el marqués acompañó a la reina a su habitación vino a reverenciar Su Alteza, tratándole como Alteza y fijando los términos de sus obligaciones en estos precisos momentos para comunicar a Su Casa Serenísima.”

El 11 de noviembre Cosme de Médici fue a visitar el Real Alcázar, edificio del que Magalotti hace una completa descripción en estos términos: “Después de almorzar, de acuerdo con la cita que tenía, Su Alteza marchó a ver el palacio. Fue construido por Carlos V, pero la fachada, toda de piedra, es moderna y presenta en sus extremos, según el estilo de España, dos torrecillas de ladrillo, adornadas también con encuadramientos de piedra que sobresalen un poco. Estas torres tienen tres ventanas de frente y una al lado en la parte que se une con la fachada. Una de ellas está cubierta con techo, pero le falta el remate de la cupulilla que tiene su compañera. El primero y el segundo piso tienen las ventanas en exacta correspondencia por ambos lados; pero en las puertas la arquitectura se ha sujetado a la necesidad de dar cómoda entrada a los coches, de suerte que además de la principal en el centro hay otras dos a distancias diferentes sin observar ninguna correspondencia o simetría.

Sobre la puerta principal se ve un principio de frontispicio hecho verosímelmente para poner en él un reloj; pero entonces permanecía aún sin terminar. Todo este edificio tiene muy buen aspecto, situado como está en el frente de una plaza oblonga, aunque no del todo regular. Entrando en el palacio por la puerta



del centro se llega a un soportal cubierto, ancho y bajo, donde se paran los coches que sin distinción alguna entran todos en palacio, y después de haberse apeado sus dueños van a salir por cualquiera de las otras dos puertas y los esperan en la plaza. De este soportal se pasa a otro que se une en ángulo recto con el primero, pero ya no en línea recta con la puerta. Este soportal forma parte de un patio cuadrado, con soportales todo alrededor sostenidos por columnas de piedra, lo mismo el orden inferior que el superior, pero ambos con techo.

Entre este patio y otro que se encuentra a mano izquierda, completamente semejante al primero, aunque más pequeño de tamaño, queda un espacio en el cual han dispuesto la capilla y la escalera que es común a los dos patios, puesto que de cualquiera de los dos soportales se suben unos pocos escalones que conducen a un rellano del cual parte la escalera para dividirse después en dos como abajo y terminar en las galerías superiores de ambos patios. En medio de la galería del patio de la mano izquierda está la entrada principal de las habitaciones del rey que al presente se encuentran cerradas. En el testero de la galería del otro patio, a mano derecha, que corresponde a la del rey, están las habitaciones de la marquesa de los Vélez, aya del rey, y volviéndose a mano derecha inmediatamente de subir la escalera, recorriendo dos lados de la galería se entra en las de la reina. No pudo ver Su Alteza cómo estaban dispuestas las cámaras más íntimas; las de las guardias son desdichadísimas, habiéndose formado diversas habitaciones pequeñas a lo largo del cuarto brazo de las galerías que por eso se encuentra tapiado.

Su Alteza entró por la misma escalerilla que cuando fue a la audiencia de la reina y no vio más que el piso principal y el bajo del rey, no habiendo nada que ver en el de la reina por estar de luto. El primero se hallaba todo él adornado de varios tapices soberbios y telas de las más ricas de la Corona, como también de cuadros de los más excelentes maestros. El segundo, es decir, el piso bajo, estaba igualmente embellecido con cuadros, con vaciados de una grandísima parte de las mejores estatuas de Roma y de gran cantidad de tablas y de vasos de pórfido con algunos bajorrelieves. Los tapices más notables son: uno donde están representados los siete planetas en bordado de seda y oro, con alguna joya sobre fondo de terciopelo, y otro colgado en una estancia y una alcoba, donde el rey Felipe IV, para gozar de una bellísima vista del río, del jardín y de la plaza, tenía el despacho, toda ella de recama de oro y de corales menudos. Aquí, sobre un pedestal de madera, hay un modelo de la Fuente de Piazza Navona, de plata dorada y sobre una base de mármol la apoteosis de Trajano, cuyo rostro enguinaldado de rayos, está sobre un águila que apoya la garra sobre el rayo y la otra sobre una esfera que representa el mundo, todo ello sobre una pila de trofeos. Este mármol, que es antiguo y de los más bellos que se han visto hasta ahora entre las cosas antiguas, fue dado por el cardenal Colonna, al rey Felipe IV hace pocos años. Los demás tapices están entretejidos de oro y, entre ellos, son singularmente estimables los de los “Apóstoles”, según cartones de Rafael, que adornan la capilla; los “Siete Pecados Capitales” semejantes a los célebres

de Londres, pero con franja diferente e inferior; al lado, en la sala del despacho, toda ella engalanada con cuadros y espejos y adornada de pórfito, se encuentran las empresas realizadas en África por Carlos V, en trece piezas. Allí se encuentra también la sala dorada que en sustancia es una galería con bóveda artesonada en madera tallada y dorada. Esta sala sirve para funciones muy diferentes, pues en ella se representan las comedias y se expone el cuerpo del rey después de muerto, en cuya ocasión es adornada con los más nobles tapices, y en el medio, dentro de un lecho riquísimo, se coloca el cadáver real en la caja abierta. Alrededor se levantan diversos altares donde desde el amanecer hasta las dos se celebran continuos sacrificios. En la parte de esta sala, opuesta a las ventanas, se encuentra la serie de los retratos de los reyes y las reinas de Castilla.

Los cuadros más ilustres son: un *Adán* y una *Eva* en pie, de Alberto Dureró, en dos cuadros distintos; los *Once Césares*, de Tiziano, en traje de emperador; dos *Venus* y un retrato de un embajador turco del mismo, un *Cristo en el Huerto* y una *Virgen con el Niño en brazos*, uno y otro de tamaño pequeño, según dicen, de Correggio, y son verdaderamente bellos, en particular el de la Virgen; una *disputa de Cristo entre los doctores*, con figuras de tamaño natural, de Pablo Veronés; una *caza en grande*, de Tintoretto, con otras piezas del mismo; varios retratos de los mejores, de la manera lombarda; una *Venus* de Carracci, de tamaño natural; varios cuadros grandes y pequeños, de Bassano, de los cuales, hay, particularmente en el piso bajo una estancia llena: la *Atlanta e Hipómenes*, de Guido Reni, que no merece ni con mucho la fama que ha obtenido; cuatro cuadros muy bellos de Pablo Veronés y otros de Tintoretto, y, finalmente, una cantidad increíble de cuadros de Rubens que constituyen una gran parte del adorno de aquellas salas. Todos los cuadros están sin distinción en marcos de madera negra.

La capilla es de lo más vulgar, exceptuando la tabla del altar, donde hay un Cristo que lleva la cruz al Calvario, obra de las más célebres de Rafael, cuyo transporte de Sicilia a España fue ocasión de extraños movimientos en aquel reino. Aquel día se celebraba en la capilla la fiesta de la Virgen del Patrocinio, instituida por Felipe IV para toda España, y por esta causa había delante de la indicada tabla una imagen de relieve completamente recubierta con las joyas de la reina, entre las cuales se veía el famoso diamante con la perla unida a él y llamada por antonomasia la *Peregrina*. Detrás del altar mayor se baja por una escalera angostísima de dos ramales a la sacristía, de la cual se pasa a una capillita donde se conservan las reliquias. Esta capillita tiene cada uno de los tres lados (pues el cuarto está ocupado por la puerta que se abre al plano de soporales de abajo, puerta cerrada por una gruesa verja) adornado por una arquitectura corintia, de seis columnas por parte, de un jaspe verde de los Pirineos, con basas y capiteles de metal dorado. Los frisos, las cornisas y todos los demás vanos de la indicada arquitectura, están llenos de reliquias conservadas en ricas custodias, con esta sola diferencia, que del lado del medio, correspondiente a la puerta, tiene en su parte más aparente la flor de lis, o sea, un lirio de oro, lleno



en medio de reliquias⁹ y contorneado de perlas gruesas y otras joyas, que son parte del rescate de Francisco I, rey de Francia. En el lado frente al altar (puesto que la entrada es de flanco) hay arriba una ventana desde donde oye misa la reina, y sobre el coro de los músicos hay otros dos corillos, uno sobre otro, para comodidad de las damas de la corte. En el paso de las cámaras a la capilla hay otro altar con una bellísima tabla de Tiziano, que representa un Cristo con la cruz a cuestas, donde algunas veces oye misa la reina más retiradamente.

El jardín del palacio llamado *La Priora* no tiene nada de particular, pues se reduce a un parterre muy pequeño y a una plantación irregular de árboles frutales. En la visita al palacio, Su Alteza fue servida por un caballero de Santiago, ayuda de cámara del rey, y otros, entre los cuales estaban un graciosísimo enano llamado *Nicolasillo*, que tiene el honor de estar continuamente en las habitaciones de la reina y de ser uno de sus más particulares entretenimientos. Su Alteza fue a escuchar un poco de música a La Encarnación, donde en la tribuna alta se encontraban los reyes y después se fue a casa.”

El 13 de noviembre partió por Torrelodones a El Escorial, regresando por Las Rozas y El Pardo. El Palacio lo describe de este modo: “El Pardo, es una quinta del rey, colocada en el fondo de un valle habitado de gamos que en grandísima cantidad, esperando servir a los placeres del rey, gozan de la seguridad que les da el bellissimo boscaje de carrascas. Los bordes de este valle están formados por una serie continua de montañas poco elevadas, desde las cuales la vista no deja de ser agradable y el aire salubre. En la parte más baja corre el

⁹Manuscrito Corsini: “... e incluyendo una gran pieza de madera de la Cruz, adornada con perlas muy grandes ...”



El Escorial (1668) Acuarela de Pier Maria Baldi, Florencia, Biblioteca Laurenciana.



El Pardo (1668). Acuarela de Pier Maria Baldi. Florencia, Biblioteca Laurenciana.

Manzanares que, aunque en todo tiempo puede ser vadeado con seguridad, tiene un puentecillo de madera pintada de verde en el paso más vecino a la quinta. Ésta se extiende en un llano muy amplio que se halla en el fondo del valle, cortándola hacia Madrid hasta la cual se extiende. El edificio no tiene nada extraordinario; para un caballero privado no estaría mal. Pero la regularidad de su arquitectura le da una apariencia superior a lo que es realmente.

El palacio del rey consiste en un edificio cuadrado, de ladrillos con encuadramientos de piedra, en cuyos ángulos se destacan cuatro torrecillas que, por tener dos pisos, se alzan encima de la casa, dispuesta con uno sólo. Alrededor le da vuelta un foso seco, aunque bastante profundo, utilizado como jardín, que da luz a las habitaciones bajas del servicio. Se entra, pues, por un puente que conduce a un buen patio cuadrado, que sólo en la parte por donde se entra, y en

el lado opuesto, está adornado con soportales. Las habitaciones del rey no dejan de ser muy proporcionadas, como todo el edificio y muy bien repartidas. Las bóvedas están casi todas pintadas, y las paredes se hallan, en gran parte, cubiertas de cuadros: unos, originales, de maestros muy mediocres, y otros, copias de las pinturas más insignes del palacio de Madrid, entre las cuales hay algunas hechas con buen gusto y con extraordinaria diligencia. Para penetrar en el palacio no se va por el puente, pues enfrente de él está el flanco de un edificio que sirve a la comodidad de los cortesanos, sino que se entra, por decirlo así, más abajo y más arriba, sobre la contraescarpa del foso, por las puertas que vienen a flanquear el puente indicado, y quedan en línea recta con uno de los lados del palacio, por una parte, y con las alas de la casa de la familia, por la otra; parte de las cuales, lo mismo por detrás hacia el río como por delante a lo largo del Prado, se halla ocupada por dos bosquillos de árboles altísimos, que hacen más deleitosa la vida en la quinta. Su Alteza desmontó para verla y dejó a los guardianes de la misma una muestra de su generosidad, volvió a Madrid a las seis en punto de la tarde.”

Desde el 13 hasta el 25 de noviembre estuvo Cosme de Médici en Madrid visitando otras iglesias y concediendo audiencias a personajes de la Corte, partiendo el 25 a Valdemoro para dirigirse a Aranjuez y desde allí a Toledo, donde continuó el viaje hacia Andalucía.

Debajo. Aranjuez (1668). Acuarela de Pier Maria Baldi. Florencia, Biblioteca Laurenciana.



BIBLIOGRAFÍA

- CAUCCI VON SAUCKEN, P., *El viaje del príncipe Cosimo dei Medici por España y Portugal*. Santiago de Compostela, S. A. de Xestión do Plan Xacobeo, 2004. 2 vols.
- CESATI, F. Los Médicis, *Historia de una dinastía europea*, Firenze, Mandragora, 2018.
- FERMOSEL JIMÉNEZ, D., y SÁNCHEZ MOLLEDO, J. M^a, *Viaje de Cosme III de Médici por España y Portugal (1668 – 1669)*, Madrid, Miraguano, 2018.
- HIBBERT, Ch. *Florenzia: esplendor y declive de la Casa de Medici*, Granada, Almed, 2008.
- MOSCO, M., *Cornici dei Medici, la fantasía barroca al servizio del potere*, Firenze, Polistampa, 2007.
- SÁNCHEZ RIVERO, A., *Viaje de Cosme III por España (1668-1669). Madrid y su provincia*, Madrid, Imprenta Municipal, publicaciones de la “Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo”, vol. I, 1927.
- SÁNCHEZ RIVERO, A, y MARIUTTI DE SÁNCHEZ RIVERO, A., *Viaje de Cosme de Médici por España y Portugal (1668 – 1669)*, Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Sucesores de Rivadeneyra, 1933. 2 vols: vol. I, texto, vol. II, láminas.

